



Gustave Flaubert

UN CORAZON SENCILLO

I

Durante medio siglo, Felicidad, la criada de la señora Aubain, fue la envidia de la burguesía de Pont-l'Évêque.

Por cien francos al año cocinaba, hacía el aseo, cosía, lavaba, planchaba, sabía ensillar un caballo, alimentar las aves, batir mantequilla, sin dejar durante todo ese tiempo de ser fiel a su señora, que sin embargo no era una persona precisamente agradable. Se había casado con un joven de buena presencia pero sin mayor fortuna, que la dejó con dos niños y una cantidad de deudas cuando murió a comienzos de 1809. Al poco tiempo vendió sus inmuebles, excepto las tierras de Toucques, y el campo de Geffosses, cuya renta alcanzaba a lo más a los cinco mil francos, dejó la casa de Saint Melaine y se fue a otra menos dispendiosa, que había pertenecido a sus antepasados, ubicada detrás del mercado.

Dicha casa, revestida de pizarra, se hallaba entre un pasaje y una callejuela que llegaba hasta el río. Debido a sus diversos desniveles, era fácil tropezarse. Un estrecho vestíbulo separaba la cocina de la sala donde la señora Aubain permanecía sentada en un sillón de paja junto a la ventana la mayor parte del día. Apoyadas en el artesonado de la pared, se alineaban ocho sillas de caoba. Un viejo piano, debajo de un barómetro, sostenía una pirámide de cajas y cartones. Dos poltronas tapizadas enmarcaban la chimenea de mármol amarillo estilo Luis XV, con un gran reloj de péndulo en el centro en forma de templo de Vesta. Todo el recinto olía a humedad, ya que el piso se encontraba más abajo que el jardín.

En el piso superior en primer lugar se encontraba la habitación de la “Señora”, muy amplia, decorada con papel de flores pálidas y un retrato del “Señor”, con aspecto de petimetre. El cuarto se comunicaba con otro más pequeño, donde se veían dos camitas de niños, sin colchones. Luego venía el salón, siempre cerrado y lleno de muebles cubiertos con sábanas. En seguida un corredor conducía a un gabinete de estudio; libros y papeles llenaban los estantes de una biblioteca que rodeaba por los tres

costados de un gran escritorio de madera oscura. El resto de los paneles aparecía oculto bajos dibujos a pluma, paisajes a la acuarela y grabados de Audrian, recuerdos de mejores tiempos y de un lujo ya desvanecido. Un tragaluz en el último piso iluminaba el cuarto de Felicidad con una vista sobre los prados.

Felicidad se levantaba al alba para no perder la misa, y trabajaba hasta el anochecer sin interrupción; después, una vez terminada la cena, la vajilla en orden y la puerta ya bien cerrada, cubría los leños con las cenizas y se dormía frente al fogón con el rosario en la mano. Nadie mejor que ella para regatear en el mercado, y en cuanto a la limpieza de los trastos de la cocina, su minuciosidad provocaba la envidia de otras sirvientas. Muy económica, comía lentamente y juntaba con los dedos las migas de su pan, un pan de doce libras, horneado expresamente para ella, que le duraba veinte días.

Durante todo el año llevaba un pañuelo de algodón estampado sujeto a su espalda con un alfiler, un gorro que le ocultaba el cabello, medias grises, una falda roja y, por encima de su blusa, un delantal con pechera como el de las enfermeras.

Tenía un rostro aguzado y una voz aguda. A los veinticinco años representaba cuarenta, y a los cincuenta nadie podía calcular su edad. Siempre silenciosa, el torso derecho y los gestos medidos, parecía una mujer tallada en madera que funcionaba de manera mecánica.

II

Felicidad había tenido su historia de amor como tantas otras muchachas. Su padre, albañil, había muerto al caer de un andamio. Una vez fallecida su madre y dispersas sus hermanas, a ella la acogió un campesino, quien la empleó muy niña para cuidar las vacas en el campo. Allí su vida fue tiritar bajo los andrajos, beber a gatas el agua de los charcos y recibir golpes por cualquier motivo. Finalmente la despidieron por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró a trabajar en otra granja donde la ocuparon para labores menores en los corrales, pero como se ganó la simpatía de los patrones, despertó la envidia de sus compañeros.

Una tarde del mes de agosto (tenía entonces dieciocho años) la llevaron a la fiesta de Colleville. Al llegar, la algazara de los músicos, las luces en los árboles, el abigarramiento de los trajes, los encajes, las cruces de oro, esa masa de gente saltando a la vez, la dejaron profundamente impresionada. Se mantuvo temerosa y aparte, hasta que un joven bien trajeado, y que fumaba pipa con los codos puestos en la pértiga de un carricoche, la invitó a bailar. Le pagó un vaso de sidra, un café, un bizcocho, le compró un pañuelo para el cuello e imaginándose que le agradaría, le ofreció conducirla hasta su casa. Al borde de un campo de avena la lanzó brutalmente al suelo. Ella tuvo miedo y se puso a gritar. El se alejó.

Otra tarde en el camino de Beaumont, al adelantarse a un gran carretón con heno que avanzaba lentamente, reconoció a Teodoro. Este de inmediato se acercó con un aire tranquilo, pidiéndole que lo perdonara, todo había sido “culpa de la bebida”.

Ella no supo que responder y solo quiso alejarse.

En ese momento el joven le habló de cosechas y de importantes hombres de la comuna; su padre había dejado Colleville por una granja en Ecots, de manera que ahora eran vecinos. “¡Ah!”, dijo ella. Él agregó que en su casa deseaban que formara una familia. Pero él no tenía prisa, y buscaba una mujer de su gusto. Ella bajó la cabeza. Entonces le preguntó si ella pensaba en el matrimonio. Respondió, sonriendo, que no se riera de ella.

-No, se lo juro- y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; anduvo apoyada en su brazo hasta que se detuvieron. El viento apenas se escuchaba, las estrellas brillaban,

el enorme carretón de heno oscilaba delante de ellos, y los cuatro caballos al arrastrar las patas levantaban polvo. Luego, sin pensarlo doblaron a la derecha. La besó una vez más. Ella desapareció en la sombra.

La semana siguiente Teodoro consiguió que se vieran.

Se encontraron en diferentes lugares: al fondo de un patio, detrás de un muro, bajo un árbol solitario. Ella no era tan inocente como las niñas de su edad – había aprendido mucho de los animales –, y la razón y el instinto la frenaron. Sus negativas exasperaron a Teodoro, aunque para satisfacerla (o ingenuamente quizás), le propuso matrimonio. No creyó en sus palabras. Él le hizo juramentos.

Pronto le habló de algo muy ingrato: sus padres, el último año habían comprado a un hombre para sustituirlo en la milicia, pero a pesar de eso, de un día para el otro podían caer sobre él. La idea de hacer el servicio lo horrorizaba. Esta cobardía fue para Felicidad una prueba de ternura; la suya se redobló. Por las noches, en sus encuentros, Teodoro la torturaba con sus inquietudes y súplicas.

Finalmente, anunció que iría personalmente a la Prefectura, solicitaría las informaciones, y las traería el domingo próximo, entre las once y la medianoche.

El día convenido, Felicidad corrió a encontrarse con su amor.

En su lugar, encontró a un amigo suyo.

Le comunicó que ella no podría volver a verlo. Al fin de librarse del reclutamiento, Teodoro se había casado con una mujer mayor, muy rica, la señora Lehoussais, de Toucques.

Fue un golpe mortal. Se hincó desolada, gritó, clamó a los cielos, gimió sola en medio del campo hasta el amanecer. Luego, una vez en la granja, manifestó que dejaría su trabajo. Al cabo de un mes, guardó lo poco que le correspondía en un pañuelo, y se dirigió a Pont-l'Évêque.

En el albergue, le preguntó por trabajo a una señora con capelina de viuda que precisamente buscaba una cocinera. La buena muchacha no sabía gran cosa, pero parecía tener buena voluntad y tan pocas exigencias, de tal manera que la señora Aubain terminó por decirle:

- Conforme, vente a trabajar conmigo.

Un cuarto de hora más tarde, Felicidad estaba instalada en su casa.

En un comienzo vivió en una especie de recogimiento debido a “la atmósfera de la casa”, y al recuerdo del “Señor” que lo impregnaba todo. Pablo y Virginia, uno de siete años y la otra de apenas cuatro, le parecieron hechos de un material precioso; los llevaba sobre sus hombros como si fuera un caballo. La señora Aubain tenía que defenderlos de que los besara a cada rato, cosa que la mortificaba. Sin embargo se sentía feliz. La dulzura del medio había evaporado su tristeza.

Todos los jueves, venían los amigos habituales de la señora a jugar una partida de *boston*. Felicidad preparaba con anterioridad las cartas y las estufillas. Llegaban a las ocho y se retiraban apenas daban las doce.

Los lunes por la mañana, el ropavejero que se ubicaba en la calle principal, exponía en el suelo su mercadería. Luego el pueblo se llenaba de barullos, donde se mezclaban relinchos de caballos, balidos de corderos, gruñidos de cerdos y el ruido seco de las carretelas en la calle. Hacia el mediodía, en plena actividad mercantil, se veía aparecer en el vano de la puerta a un campesino alto, con la gorra echada hacia atrás, de nariz aguileña, era Robelin, el arrendatario del campo de Geffosses. Poco después, aparecía Liébard, otro arrendatario de Toucques, pequeño, colorado, obeso, de traje gris y polainas con espuelas.

Ambos le ofrecían a su propietaria pollos o quesos. Felicidad invariablemente desplegaba su astucia y ellos se retiraban satisfechos, llenos de consideración hacia ella.

En ocasiones indeterminadas, la señora Aubain recibía la visita del marqués de Gremanville, uno de sus tíos, arruinado por una existencia licenciosa, que vivía en Falaise en el último pedazo de sus tierras. Aparecía siempre a la hora de almuerzo con un horrible quiltro que ensuciaba con sus patas todos los muebles. A pesar de sus esfuerzos por parecer un hombre refinado hasta el punto de sacarse el sombrero cada vez que decía “mi difunto padre”, los malos hábitos lo traicionaban y se ponía a beber copa tras copa profiriendo groserías. Felicidad cortésmente lo sacaba de la casa: “Ya basta, señor de Gremanville, hasta una próxima vez”. Luego cerraba la puerta.

No era lo mismo con el señor Bourais, antiguo abogado a quien recibía con agrado. Su corbata blanca, su calvicie, la pechera de su camisa, su amplia levita color marrón, su manera de aspirar el rapé enarcando el brazo, toda su persona le producía esa emoción propia de los seres excepcionales.

Debido a que administraba las propiedades de la “Señora”, se encerraba con ella durante horas en el gabinete del “Señor”; y siempre temía comprometerse, respetaba infinitamente a la magistratura y tenía pretensiones de hablar el latín.

Para instruir a los niños en forma entretenida les regaló una geografía con estampas. Representaban distintas escenas del mundo: antropófagos cubiertos de plumas, un simio raptando a una joven, beduinos en el desierto, una ballena a punto de ser arponeada.

Pablo explicó los grabados a Felicidad. Eso fue todo lo que aprendió sobre cultura.

A los niños los instruía el señor Guyot, un pobre diablo empleado en la Municipalidad, famoso por su hermosa letra y que raspaba el cortaplumas en sus botas.

Cuando el tiempo estaba despejado, se iban temprano a la finca de Geffosses.

La casa se hallaba en medio de un terreno inclinado, y el mar, a lo lejos, aparecía como una mancha gris.

Felicidad sacaba de su canastilla trozos de carne fría y almorzaban en una pieza contigua a la lechería. Era el único reto de una residencia de agrado ahora desaparecida. Los jirones de papel despegados de las murallas se movían con las corrientes de aire. La señora Aubain inclinaba su frente, agobiada por los recuerdos; los niños no se atrevían a hablar. “Vayan a jugar”, les decía ella. Y ellos partían.

Pablo caminaba por la granja, cazaba pajaritos, hacía rebotar piedras en los charcos o golpeaba con un palo los gordos toneles que sonaban como tambores.

Virginia daba de comer a los conejos, se afana en juntar flores, y al correr dejaba ver sus calzones bordados.

Una tarde de otoño se volvieron a través de los potreros.

La luna en cuarto creciente iluminaba una parte del cielo, y una bruma flotaba como un gas sobre las sinuosidades de Toucques. Las vacas echadas en medio del césped se volvieron lentamente hacia los cuatro paseantes. En el tercer prado, algunas se levantaron y luego miraron alrededor. “No teman”, les dijo Felicidad, murmurando algo como un reproche y acarició en el lomo a la que se hallaba más cerca, la que se dio vuelta imitada por las otras. Pero cuando atravesaron el potrero siguiente, escucharon un formidable mugido. Era un toro que ocultaba la niebla. Comenzó a avanzar hacia las dos mujeres. La señora Aubain intentó correr. ¡No, no!, no corra”. Se apresuraron solo al momento de escuchar un fuerte resoplido. Sus pezuñas, como martillos, aplastaban la hierba, luego comenzó a correr. Felicidad retrocedió y arrancó a dos manos puñados de tierra que le lanzó a los ojos. Bajó la cabeza, sacudió los cuernos y tembló de furia bufando rabiosamente. La señora Aubain, a orillas del potrero con sus dos niños, buscaba fuera de sí cómo franquear la alta cerca, Felicidad seguía retrocediendo delante

del toro, y continuaba lanzándoles puñados de pasto que lo cegaban, mientras gritaba: “Apúrense, apúrense”.

La señora Aubain alcanzó el cerco, luego empujó a los niños, se cayó varias veces intentando subir la pendiente, y a fuerza de valor lo logro.

El toro había arrinconado a Felicidad contra una puerta tranquera, sus espumarajos le llegaban al rostro, un segundo más y la aplastaría. Tuvo el tiempo justo para deslizarse entre dos barras, y la bestia confundida, se detuvo.

Esa aventura, durante años fue motivo de conversaciones en Pont-l'Évêque. Felicidad no sintió mayor orgullo ni penó siquiera que hubiese algo heroico.

Después solo se preocupó de Virginia que luego del pánico, tuvo una reacción nerviosa, y el señor Poupart, el doctor, le aconsejó baños de mar en Trouville.

En ese tiempo, el lugar era poco frecuentado, la señora Aubain hizo averiguaciones, consultó a Bourais y se preparó como para un largo viaje.

Los bultos partieron la víspera, en el carromato de Liebard. Al día siguiente trajo dos caballos, uno con silla de mujer, provisto de un respaldo de terciopelo; sobre la grupa del otro, una manta enrollada servía de silla. La señora Aubain montó detrás de él. Felicidad se encargó de Virginia y Pablo subió al asno del señor Lechaptois, que se lo presto con la condición de que lo cuidara mucho.

La ruta era tan mala que los ocho kilómetros les tomaron dos horas. Los caballos se empantanaban hasta la barriga en el barro, y tuvieron que obligarlos a hacer bruscos movimientos para salir, o bien tropezaban con los profundos surcos o tenían que saltar. En ciertos lugares, la yegua de Liébard se detenía repentinamente, y luego de esperar unos momentos volvía a caminar. Liébard solía comentar sobre las personas cuyas propiedades bordeaban la ruta, agregando a las historias reflexiones morales. Así, en medio del pueblo de Toucques, mientras pasaban bajo las ventanas enmarcadas de flores capuchinas, dijo mientras encogía sus espaldas: “Aquí una señora de Lehoussais, en lugar de buscar a un joven...” Felicidad no escuchó el resto, los caballos trotaban, el asno galopaba, todos siguieron por un sendero hasta una tranca donde aparecieron dos muchachos, y descendieron delante del estercolero en el mismo umbral de la puerta.

En cuanto vio a su patrona, la señora Liebard manifestó su alegría. Les sirvió un almuerzo con lomo de vacuno, callos, morcilla, pollo guisado, sidra espumante, una tarta y ciruelas en aguardiente, a la vez que se dirigía a la señora cortésmente haciéndole notar su buena salud, a la niña que se veía “muy bien” y a Pablo que ya se había convertido en un “robusto” joven, sin olvidar a sus difuntos abuelos a quienes los Liebard habían servido durante varias generaciones. La granja tenía como ellos un aire de decrepitud. Las vigas del techo se veían carcomidas, las paredes negras de humo, los cristales grises de polvo. Sobre un aparador de roble había toda clase de utensilios, jarras, platos, escudillas de estaño, trampas para lobos, tijeras para esquilar las ovejas y una enorme jeringa que hizo reír a los niños.

No había un árbol en los tres patios que no tuviera a sus pies callampas o muérdagos en sus ramas. El viento había derribado varios. Habían rebrotado y se doblaban bajo el peso de las manzanas. Los techos de paja semejantes al terciopelo marrón y desiguales de espesor, resistían las más fuertes borrascas. Sin embargo, el galpón de las carretas estaba en ruinas. La señora Aubain dijo que lo tomaría en cuenta, y ordenó aparejar de nuevo a los animales.

Faltaba todavía una media hora para llegar a Trouville. La pequeña caravana tuvo que apearse al pasar los *Ecores*, una saliente que sobresalía por sobre los barcos en la bahía. Tres minutos después, al final del muelle, entraron al patio de “El cordero de oro”, casa de huéspedes de casa de la madre de David.

Desde los primeros días, Virginia se sintió más fuerte como resultado del cambio de aire y de los baños. Se metía al agua en camisón a falta de un traje adecuado, Felicidad la vestía en la cabaña de los aduaneros, que también servía a los que se bañaban en el mar.

Por la tarde, se iban con el burro más allá de las Rocas Negras, por el lado de Hennequeville, cuyo sendero subía primero entre terrenos ondulados como el césped de un parque, luego se llegaba a una meseta donde alternaban el paso y los campos de labranza. Al borde del camino, entre espinos, crecían acebos y, aquí y allá, un gran árbol muerto recortaba sus ramas sobre el aire azul.

Casi todos los días descansaban en un prado, que tenía a Deauville a la izquierda y El Harve a la derecha, y al frente el mar abierto, brillante de sol y liso como un espejo, tan dulce que apenas se sentía su murmullo. Se escuchaban los gorriones y la bóveda inmensa del cielo lo abarcaba todo. La señora Aubain, sentada, se dedicaba a su labor de costura; Virginia, a su lado, trenzaba juncos, Felicidad limpiaba flores de lavanda y Pablo, aburrido, no hallaba la hora de regresar.

Otras veces, atravesaban Toucques en bote, para ir a buscar conchas. La baja marea dejaba al descubierto erizos, almejas y medusas. Los niños corrían para atrapar copos de espuma que se llevaba el viento. Las olas adormecidas caían sobre la arena de la playa que se extendía hasta perderse de vista; pero por el lado de la tierra las dunas las separaban del *Marais*, una amplia pradera en forma de hipódromo. Cuando volvían por ese mismo lugar, al fondo de la pendiente del ribazo, Trouville se agrandaba a cada paso y parecía desvanecerse en un alegre desorden con sus casas desiguales.

Los días de mucho calor no salían de sus cuartos. La enceguecedora luz del exterior dibujaba franjas luminosas entre las hojas de las persianas. No se escuchaba el menor ruido en la aldea ni se veía un alma en la acera. La extensión de ese silencio aumentaba la paz de las cosas. A lo lejos se oían los martillazos de los que calafateaban los barcos, y una pesada brisa traía olor de alquitrán.

La principal diversión era contemplar el retorno de las barcas. Apenas traspasaban las boyas, bajaban las velas de los mástiles y con la del trinquete inflada como un globo, avanzaban deslizándose sobre el oleaje hasta el centro del puerto, donde arrojaban el ancla. En seguida la barca se acercaba al muelle; allí los marineros lanzaban los pescados palpitantes por encima de la borda. Los esperaban una fila de carretones y de mujeres con bonetes de algodón listas para tomar las canastas y abrazar a los hombres.

Un día, una de ellas reconoció a Felicidad, que poco después entró jubilosa al cuarto. Había encontrado a una de sus hermanas. Al poco rato Nastasi Barette, mujer de Leroux, apareció con un bebé prendido al pecho, un niño en su mano derecha y en la izquierda un muchachuelo con los puños en las caderas y la boina sobre las orejas.

Después de un cuarto de hora, la señora Aubain la despidió.

Se volvió habitual encontrarla junto a la cocina o en los paseos cotidianos. Al marido no se lo veía nunca.

Felicidad les tomó mucho afecto. Les compró un cubrecamas, camisas y un hornillo. Evidentemente la explotaban y esta debilidad irritaba a la señora Aubain, a la que, por otra parte, no le gustaba la familiaridad del sobrino que tuteaba a su hijo. Y como Virginia había comenzado a toser y la temporada de verano no estaba buena, decidió volver a Pont-l'Évêque.

Al regreso el señor Bourais le habló de un colegio para Pablo. El de Caen parecía el mejor. Allí fue enviado. Se despidió decidido y satisfecho de irse a vivir a un lugar donde tendría compañeros.

La señora Aubain se resignó al alejamiento de su hijo porque era indispensable. Virginia pensaba en él cada vez menos. A Felicidad le hacía falta su bullicio, pero una nueva actividad ocupó su tiempo. A partir de Navidad, llevó a la niña todos los días a catecismo.

III

Apenas llegaba a la iglesia hacia una genuflexión, se hincaba, avanzaba luego bajo la alta nave entre la doble línea de asientos, abría la banca de la señora Aubain, se sentaba y observaba a su alrededor.

Los niños a la derecha, las niñas a la izquierda, llenaban las sillas del coro; el sacerdote se mantenía de pie junto al atril. Sobre un vitral del ábside, el Espíritu Santo se cernía sobre la Virgen, y otro la mostraba de rodillas delante del Niño Jesús. Detrás del tabernáculo, un grupo en madera representaba a San Miguel venciendo al dragón.

El cura hizo primero un resumen de la Historia Sagrada. Ella creyó ver el Paraíso, el diluvio, la torre de Babel, ciudades enteras en llamas, pueblos que morían, ídolos abatidos, y de aquel estremecimiento conservó el respeto al Altísimo y el temor a su cólera. Luego lloró al escuchar la Pasión. ¿Por qué lo habrán crucificado a él, que amaba a los niños, alimentaba a las muchedumbres, sanaba a los ciegos y había querido, por compasión, nacer entre los pobres sobre el estiércol de un establo? Las siembras, las cosechas, los lagares, esas cosas familiares de que habla el Evangelio, se encontraban en su vida diaria. El paso de Dios por la tierra las había santificado, y amó más tiernamente a los corderos por amor al Cordero y a las palomas por la del Espíritu Santo.

Le era difícil imaginar a esa persona divina, por que no era solamente un ave, sino también una llama, y a veces un soplo. Posiblemente fuera su propia luz la que oscilaba por las noches al borde de los pantanos, su aliento el que empujaba las nubes, su voz la que volvía a las campanas armoniosas. Y permanecía en un estado de adoración, disfrutando la frescura de los muros y la paz de la iglesia.

En cuanto a los dogmas no comprendía nada, ni tampoco trataba de comprender. El cura predicaba, los niños recitaban, hasta que terminó por dormirse. Despertó, de súbito, con el ruido que, con sus zuecos hacían sobres las losas al salir.

Fue de esta manera, a fuerza de escucharlo, que aprendió el catecismo; durante su juventud había descuidado su educación religiosa. Desde entonces imitaba todo lo que hacía Virginia, ayunaba como ella y con ella se confesaba. Para *Corpus Christi* levantaron juntas un altar.

La primera comunión de la niña la angustió por anticipado. Se preocupó por los zapatos, el rosario, por el misal y los guantes. ¡Con qué zozobra ayudó a su madre a vestirla!

La misa la pasó inquieta. El señor Bourais le ocultaba una parte del coro, precisamente el frente, donde el grupo de vírgenes portando coronas blancas, encima de sus velos formaban como un campo de nieve; reconoció de lejos a su querida niña con su gracioso cuello y su actitud de recogimiento. Sonó la campana. Las cabezas se inclinaron, se hizo el silencio y al comenzar la música del órgano, el coro y los asistentes entonaron el *Agnus Dei*; luego comenzó el desfile de los muchachos, después se pusieron de pie las niñas. Paso a paso con las manos juntas se dirigieron al altar enteramente iluminado, se arrodillaron en el primer escalón, sucesivamente recibieron la comunión y, en el mismo orden, regresaron a sus reclinitorios. Cuando le tocó el turno a Virginia, Felicidad se inclinó para verla y con la emoción de la auténtica ternura, le pareció que ella misma era esa niña; su rostro fue el suyo, la cubría la misma ropa, su

corazón palpitaba como el suyo, al momento de abrir la boca, cerrando los párpados, estuvo a punto de desvanecerse.

Al día siguiente, muy de mañana, se presentó a la sacristía para que el señor cura le diera la comunión. La recibió con devoción, pero no disfrutó de la misma dicha.

La señora Aubain quería hacer de su hija una persona cabal; y como Guyot no le podía enseñar ni música ni inglés, se resolvió enviarla de interna de las Ursulinas de Honfleur.

La niña no hizo la menor objeción. Felicidad suspiraba ante la insensibilidad de su señora. Luego pensó que su patrona tal vez tenía razón. Esas cosas superaban su competencia.

Finalmente llegó el día en que una vieja diligencia se detuvo ante la puerta, y de ella descendió una religiosa que venía a buscar a la Señorita. Felicidad subió el equipaje al maletero, hizo recomendaciones al cochero y puso en el cofre seis frascos de confituras y una docena de peras con un ramito de violetas.

En el último momento, Virginia tuvo una crisis de llanto; abrazó a su madre, que le besó la frente repitiendo: “¡Vamos, sé fuerte!, ¡sé fuerte!” Levantaron la pisadera y el vehículo se puso en marcha.

En ese momento la señora Aubain sufrió un desvanecimiento. Por la tarde todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, la señora Lechaptois, las señoritas Rochefeuille, el señor de Houppeviell y Bourais vinieron a consolarla.

Al comienzo la ausencia de su hija fue muy dolorosa. Sin embargo, la niña le escribía tres veces por semana; los otros días ella le respondía, se paseaba por el jardín y leía un poco. De esta manera llenaba el vacío de las horas.

En la mañana, por costumbre, Felicidad entraba en el cuarto de Virginia y miraba las murallas. Se aburría por no poder seguir peinándola, por no amarrarle el lazo de los botines, arroparla en la cama, y de no ver continuamente su graciosa figura ni tomarla de la mano cuando salían juntas. Para no estar sin hacer nada tejía encajes a bolillo. Sus dedos demasiado toscos rompían los hilos, no se concentraba en nada, perdió el sueño, se decía que estaba “consumida”.

Para “distraerse” pidió permiso para recibir a su sobrino Víctor.

Llegaba el domingo después de misa con las mejillas rosadas, el pecho descubierto y desprendiendo el olor del campo que había atravesado. De inmediato ella disponía su cubierto. Almorzaban uno frente al otro. Ella se servía lo menos posible para ahorrar gastos. Tanto le daba de comer que terminaba por dormirse. Al primer toque de vísperas, lo despertaba, escobillada su pantalón, anudaba su corbata y salían la iglesia, apoyada en su brazo con orgullo maternal.

Los padres de Víctor le pedían siempre alguna cosa, un paquete de azúcar negra, jabón, aguardiente, a veces incluso dinero. Él le traía su ropa para que se la arreglara y ella aceptaba feliz este trabajo: que lo forzaba a volver. En el mes de agosto, su padre lo hizo ingresar a la marina de cabotaje.

Era la época de vacaciones. La llegada de los niños la consoló. Pero Pablo se había vuelto caprichoso y Virginia ya no tenía edad para que la tutearan, lo cual ponía una traba, una barrera entre ellas.

Víctor iba sucesivamente a Morlaix, a Dunkerque y a Brighton. De vuelta de cada viaje le traía un regalo. La primera vez fue una caja de conchas; la segunda, una taza de café; la tercera, un gran monigote hecho de pan de especias. Se transformó en un joven buenmozo de cintura estrecha, con un pequeño bigote, mirada franca y una gorra de cuero echada hacia atrás como al de los pilotos. La entretenía contándole historias mezcladas con términos marineros.

Un lunes 14 de julio de 1819 (no olvido la fecha), Víctor anunció que se había enrolado para un largo viaje y que, en la noche subsiguiente, en el paquebote de Honfleur, abordaría su goleta, que debía salir de El Havre próximamente. Tal vez estaría dos años fuera.

Felicidad se sintió desolada ante la perspectiva de su ausencia. Y para despedirse una vez más, el miércoles por la noche, luego de la cena de la señora, se puso las galochas y se devoró las cuatro millas que separaban Pont-l'Évêque de Honfleur.

Cuando estuvo delante del Calvario que marcaba la entrada, en lugar de tomar a la izquierda, eligió la derecha y se perdió en los astilleros, luego volvió sobre sus pasos; la gente a la que le preguntaba le aconsejaba apurarse. Dio vueltas por la dársena llena de embarcaciones tropezándose en las amarras. Luego el terreno descendía, las luces se entrecruzaban, y creyó que estaba loca al divisar caballos en el cielo.

A orillas del muelle, otros caballos relinchaban espantados ante el mar. Un aparejo los elevaba y luego los dejaba en un barco, donde los viajeros se balanceaban entre barricas de sidra, canastos de queso, sacos de granos; se sentía el cacareo de las gallinas mientras el capitán blasfemaba. En medio de todo aquello, un grumete acodado a la baranda permanecía indiferente. Felicidad, que no lo había reconocido gritó: “¡Víctor!”. Él levantó la cabeza y ella echó a correr en el momento mismo en que retiraron la escalera.

El paquebote, tirado, por mujeres que cantaban, salió del puerto. Su casco crujía, las pesadas olas azotaban la proa. Alzaron la vela principal. No se vio a nadie y sobre el mar plateado por la luna, observó una mancha negra que iba empalideciendo hasta esconderse y desaparecer.

Felicidad, al pasar nuevamente ante el Calvario, quiso encomendar a Dios lo más preciado de su vida, y rezó fervorosamente, de pié, el rostro bañado en lágrimas, los ojos hacia las nubes. La ciudad dormía, veía pasearse a los aduaneros, mientras el agua caía como un torrente sin cesar por los agujeros de la esclusa hasta que dieron las dos de la mañana.

El locutorio sólo estaría abierto al amanecer. Un atraso, con seguridad, molestaría a la Señora. Y a pesar de su deseo de abrazar a la niña, regreso a casa. Las empleadas de la posada recién se levantaban cuando entró a Pont-l'Évêque.

El pobre muchacho navegaría sobre las olas durante meses, pensó. Sus viajes anteriores no la habían asustado. De Inglaterra y de la Bretaña se regresaba pronto; pero de América, de las Colonias, de las Islas, que se perdían en regiones desconocidas al otro lado del mundo, era distinto.

A partir de ese momento, Felicidad pensó exclusivamente en su sobrino. Se lo imaginaba los días de sol y la atormentaba la sed, cuando había tormenta temía que lo alcanzara un rayo. Al escuchar el viento que gruñía en la chimenea y arrancaba las pizarras, lo veía atacado por esa misma tempestad sobre el mástil roto, todo el cuerpo hacia atrás, bajo una sábana de espuma. O bien, recordaba escenas de las estampas: se lo habían comido los salvajes, era atrapado por los gorilas en un bosque, moría a orillas de una playa desierta. Pero jamás hablaba de sus inquietudes.

La señora Aubain las tenía semejantes con respecto a su hija. Las buenas hermanas la encontraban afectuosa, pero delicada de salud. La menor emoción la alteraba. Tuvo que abandonar el piano.

Su madre exigía del convento una correspondencia rigurosa. El día que no apareció el cartero, se impacientó y dejó el sillón para asomarse a la ventana. ¡Era verdaderamente extraordinario! ¡Después de cuatro días sin la menor noticia!

Para darle ánimos, Felicidad le dijo:

- Yo, señora, hace seis meses que no recibo ninguna...

- ¿A qué se refiere?

La sirvienta respondió dulcemente.

- A mi... sobrino.

- ¡Ah! ¡Su sobrino! – y, alzando los hombros, la señora Aubain prosiguió su paseo. Era como decir “no había pensado en él. Y más aun, “¡no me preocupa!, un grumete, un don nadie. ¡Buena cosa!...en cambio mi hija... ¡Figúrese usted!...”

A Felicidad la hirió esta respuesta a pesar de haber sido criada con rudeza, pero luego se olvidó del asunto. La reacción de perder la cabeza le pareció normal tratándose de la pequeña.

Para ella los dos niños tenían una importancia similar en su corazón, y por lo tanto, su destino debía ser el mismo.

El farmacéutico le explicó que el barco de Víctor había arribado en La Habana. Lo había leído en un periódico.

Por el hecho de fabricarse allí los cigarros, se imaginó La Habana como un país donde no se hacía otra cosa que fumar, y donde Víctor se movía entre negros bajo una nube de humo de tabaco. ¿Se podría “en caso de necesidad” regresar por tierra? ¿A qué distancia se hallaba de Pont-l'Éveque? Para saberlo, le preguntó al señor Bourais.

Éste cogió el atlas y empezó con explicaciones sobre las longitudes, a la vez que mostraba una sonrisa pedante ante la estupefacción de Felicidad. Por fin con su portalápiz, le indicó en un diseño oval un punto negro, imperceptible, agregando: “aquí”. Felicidad se inclinó sobre el mapa: esa red de líneas coloreadas le fatigó la vista, sin agregarle nada. Y cuando Bourais le pidió que dijera qué la preocupaba, ella le rogó que le mostrara la casa donde se hospedaba Víctor. Él levanto los brazos, estornudó y lanzó una carcajada. Semejante candor lo hacía reír. Felicidad no entendía el motivo; tan limitada era su mente que esperaba probablemente ver allí el retrato de Víctor.

Fue quince días después que Liebard, a la hora del mercado como era habitual, entró en la cocina y le entregó una carta que le enviaba su cuñado. Al no saber leer ninguno de los dos, debió recurrir a su patrona.

La señora Aubain, que contaba los puntos de un tejido, lo dejó a un lado, abrió la carta, se estremeció y con voz velada y ojos graves dijo:

- Te comunican... una desgracia. Tu sobrino...

Había muerto. No se decía nada más.

Felicidad se tumbó en una silla, apoyó su cabeza en el tabique y cerró sus párpados que de pronto se volvieron rojos. Luego con la frente baja, las manos colgando, la mirada fija, repetía a intervalos.

- ¡Pobre chiquillo, pobre chiquillo!

Liebard respondió dando unos suspiros. La señora Aubain, temblando, le propuso que fuese a ver a su hermana a Trouville.

Felicidad respondió con un gesto, que no era necesario.

Se produjo un silencio. El bueno de Liebard juzgó prudente retirarse.

Entonces ella dijo:

- ¡A ellos no les importa!

Inclinó de nuevo la cabeza, mientras levantaba, maquinalmente, de vez en cuando, las largas agujas del costurero.

Cruzaron el patio unas mujeres con una angarilla llena de ropa mojada.

Al verlas a través del ventanal se acordó del lavado de la ropa. Habiéndola remojado el día anterior, hoy tenía que estrujarla. Y salió de la sala.

Su tabla y su tonel estaban a orillas del Toucques. Tiró sobre el ribazo un montón de camisas, se recogió las mangas y cogió su tabla. Los fuertes golpes que ella propinaba se escucharon en los jardines vecinos. Los prados se veían vacíos, el viento

agitaba la ribera; al fondo largas hebras se inclinaban como cabellos de cadáveres flotantes. Ella contenía su dolor que sin atenuarse se prolongó hasta el anochecer. Apenas llegó a su cuarto se lanzó boca abajo sobre la cama con el rostro en la almohada y ambos puños en las sienes.

Mucho tiempo después, por el mismo capitán de Víctor, supo de las circunstancias de su muerte. Lo habían sangrado en exceso en el hospital a consecuencia de la fiebre amarilla. Lo atendieron cuatro médicos a la vez. Murió rápidamente; el jefe había dicho:

- ¡Bueno!, uno más.

Sus padres siempre lo habían tratado con rudeza. Prefirió no verlos.

Tampoco dieron ninguna señal, por olvido o por dureza de corazón.

Entretanto, Virginia, día a día se debilitaba. Opresiones en el pecho, tos, fiebre permanente y manchas en las mejillas predecían alguna afección profunda. El señor Poupart aconsejó una temporada en Provenza. La señora Aubain tomó la decisión de dejarla donde estaba; se la habría traído con gusto si no hubiese sido por el clima de Pont-l'Éveque.

Llegó a un arreglo con un cochero que la llevaba al convento todos los martes. Había una terraza desde la que se veía el Sena. Virginia se paseaba allí tomada de su brazo sobre las hojas caídas de las vides. De vez en cuando el sol atravesaba las nubes forzándola a parpadear mientras contemplaba los veleros en lontananza y todo el horizonte, desde el castillo de Tancarville hasta el faro de El Havre. Luego descansaban bajo la glorieta. Su madre se había procurado un barrilito de un excelente vino de Málaga, y riendo con la idea de achisparse, bebía dos dedos y nada más.

La niña pareció adquirir nuevo vigor. El otoño se alejaba gratamente. Felicidad a menudo tranquilizaba a la señora Aubain. Sin embargo, un día que había salido a los alrededores por una diligencia, encontró delante de la puerta el cabriolé del señor Poupart. Se hallaba en el vestíbulo, mientras la señora Aubain ajustaba su sombrero.

- Alcánzame el calentador, el bolso, los guantes. Rápido, rápido.

Virginia tenía una inflamación en el pecho, parecía ser algo gravísimo.

- Esperemos que no sea así- dijo el médico. Y ambos subieron al vehículo, en medio de un remolino de copos de nieve. La noche se venía encima. Hacía mucho frío.

Felicidad se precipitó hacia la iglesia para encender un cirio. Luego corrió detrás del cabriolé que alcanzó después de una hora, saltó hacia la parte trasera sujetándose como pudo cuando de pronto tuvo una ocurrencia: "El patio había quedado abierto. Podrían entrar a robar." Y se bajó.

Al día siguiente de madrugada se fue a la casa del doctor. Había llegado y vuelto a salir hacia el campo. Se quedó en el albergue, pensando que algún desconocido podría traer una carta. Finalmente, muy de mañana tomó la diligencia a Lisieux.

El convento se encontraba al fondo de un escarpado sendero. Hacia la mitad del camino escuchó unos tañidos extraños, las campanas doblaban a muerte. "Será por otros", pensó e hizo sonar violentamente la aldaba.

Al cabo de unos minutos sintió el rumor de unos chanclos, se entreabrió la puerta y apareció una monja.

La buena hermana dijo con aire compungido: "acaba de pasar a mejor vida". Al mismo tiempo redoblaron las campanas de San Leonardo.

Felicidad subió al segundo piso. Desde el umbral de la habitación vio a Virginia tendida, con las manos juntas, la boca entreabierta y la cabeza hacia atrás bajo una cruz negra que se inclinaba sobre ella, entre unas cortinas inmóviles, menos pálidas que su rostro. La señora Aubain al pie del lecho lo abrazaba en su desesperación entre hipo de

agonía. La superiora se hallaba de pie a su derecha. Tres candelabros sobre la cómoda proyectaban manchas rojas y la neblina aclaraba las ventanas. Unas religiosas se llevaron a la señora Aubain.

Durante dos noches Felicidad no dejó a la muerta. Repetía las mismas oraciones, asperjaba agua bendita sobre las sábanas, volvía a sentarse y a contemplarla. Al final de la primera vigilia, se dio cuenta que tenía el rostro amarillo, los labios azulados, la nariz azulada, y los ojos hundidos. Los besó repetidas veces, y no se habría sorprendido si Virginia los hubiese abierto. Para almas como ella lo sobrenatural resultaba muy simple. La hermoseó, la envolvió en la mortaja, la acomodó en el féretro, le puso una corona, arregló sus cabellos rubios, extraordinariamente largos para su edad. Felicidad le cortó un mechón, cuya mitad deslizó en su pecho resuelta a jamás desprenderse de él.

El cuerpo fue trasladado a Pont-l'Éveque según las órdenes de la señora Aubain, que siguió la carroza en un coche cerrado.

Después de la misa, faltaban aún tres cuartos de hora para llegar al cementerio. Pablo marchaba a la cabeza sollozando. El señor Bourais más atrás, luego los vecinos más cercanos, las mujeres cubiertas con mantos negros y al último Felicidad. Ella pensaba en su sobrino, al que no se le pidieron rendir esos honores, tenía un aire de especial tristeza, como si sufriera un dolor adicional y los hubieran enterrado juntos.

La desesperación de la señora Aubain no tenía límites.

Primero se rebeló contra Dios, hallaba injusto que le hubieran llevado a su hija. A ella que nunca había hecho mal a nadie, y cuya conciencia era tan pura. ¡Nada de eso valía! ¿Y si la hubiera llevado al mediodía? Otros médicos la habrían salvado. Se hacía reproches, quería sentirse unida a ella. Gritaba en medio de sus sueños. Uno, sobre todo, la obsesionaba. Su marido vestido en forma impecable regresaba de un largo viaje y le comunicaba sollozando que había recibido la orden de llevarse a Virginia. Luego se concertaban para instalar un escondite en algún lugar.

Cierta vez entró desde el jardín, trastornada. Recién (mostraba el sitio) el padre y la hija se le habían aparecido, uno al lado de la otra, sin hacer nada, solo la miraban.

Durante unos cuantos meses, permaneció inerte en su cuarto. Felicidad le hablaba dulcemente. Tenía que vivir para su hijo y para los otros, en recuerdo “de ella”.

- ¿Ella? – repetía la señora Aubain, como si de pronto despertara. “¡Ah!, sí... sí. Usted no la olvida”. Alusión sin duda al cementerio que le habían prohibido rigurosamente visitar.

Felicidad todos los días regresaba al campo santo.

A las cuatro en punto pasaba por el costado de la casa, subía la cuesta, abría la valla y llegaba a la tumba de Virginia. Consistía en una pequeña columna de mármol rosado, con un peldaño en la base y un jardincillo rodeado por cadenas. Los arriates desaparecían bajo una cubierta de flores. Ella regaba las plantas, revolvía la arena, se hincaba para trabajar mejor la tierra. Cuando la señora Aubain pudo venir, sintió un gran alivio, un consuelo reparador.

Se sucedieron los años, todos iguales, sin otros acontecimientos que la repetición de las más importantes efemérides: Navidad, La Asunción, Todos los Santos. Algunos acontecimientos domésticos marcaron fechas que después sirvieron de puntos de referencia. Así, el 1825, dos estucadores enjalbegaron el vestíbulo; el 1827, una parte del techo cayó en el patio y casi mató a un hombre. El verano de 1828 fue cuando la señora Aubain ofreció pan bendito. Por esta misma fecha el señor Bourais desapareció misteriosamente y los antiguos conocidos se fueron muriendo.: Guyot, Liebard, la señora Lechaptois, Robelin, el tío Gremenville, que desde hacía tiempo sufría de una parálisis.

Una noche, el conductor del coche-correo anunció en Pont-l'Évêque la revolución de Julio. Pocos días después fue nombrado un nuevo subprefecto: el barón Larsonnière, ex cónsul en América, que tenía en su casa, aparte de su esposa, su cuñada con tres niñas ya bastante crecidas. Se las podía ver sobre el césped con blusas vaporosas, eran dueñas de un negro y un loro. La señora Aubain los tuvo de visita y a su vez fue a su casa. En cuanto aparecían a lo lejos, Felicidad corría a prevenir a su patrona. Sin embargo, para ella había una sola cosa que la conmovía: las cartas de su hijo.

No logró seguir ninguna carrera debido a su inclinación por la vida de cafés. Le pagaba sus deudas y volvía a reincidir. Mientras tejía cerca de la ventana, sus suspiros alcanzaban a Felicidad, que daba vueltas a la rueda en la cocina.

Se paseaban las dos a lo largo de la arboleda junto al muro. Hablaban siempre de Virginia, se preguntaban si tal o cual cosa le habría gustado, en otras ocasiones lo que ella probablemente hubiera dicho.

Todos sus pequeños embelecocos ocupaban un armario en el cuarto con dos camas. La señora Aubain los inspeccionaba lo menos posible. Cierta día de verano, se resignó a hacerlo y del armario salieron volando muchas polillas.

Sus vestidos estaban alineados bajo una tabla donde había tres muñecas, unos aros, ropas de casa y la jofaina que utilizaba a diario. Sacaron también las enaguas, las medias, los pañuelos y los extendieron sobre las dos camas antes de doblarlos de nuevo. El sol iluminaba esos pobres objetos y descubría sus manchas y los pliegues formados por los movimientos del cuerpo. El aire era caliente y azul, cantaba un mirlo, todo parecía vivir bajo un profundo dulzor. Encontraron un pequeño sombrero de peluche de largos pelos, color marrón. Estaba todo comido por las polillas. Felicidad quiso quedarse con él. Sus ojos se encontraron y se les llenaron de lágrimas; sin pensarlo la señora abrió los brazos y Felicidad se arrojó en ellos, estrechándose y consolándose mutuamente en un beso que borraba las diferencias.

Fue la primera vez en sus vidas que esto sucedía, la señora Aubain no era de naturaleza expansiva. Para Felicidad fue como una bendición, y en adelante la quiso con una devoción animal y una veneración religiosa.

La bondad de su corazón aumentó.

Cuando escuchaba en las calles el tambor de los regimientos que marchaban, ella se ponía en la puerta con un vaso de sidra y les ofrecía de beber a los soldados. Cuidaba a los enfermos de cólera, y protegía a los polacos, incluso hubo uno que le propuso matrimonio. Pero se disgustaron, ya que una mañana, al volver de *Ángelus*, lo encontró instalado en su cocina comiendo tranquilamente una ensalada.

Luego del polaco fue el viejo Colmiche, que pasaba por haber cometido horrores en el 93. Vivía a orillas del río, entre los escombros de una pocilga. Los más pillos lo miraban por las grietas de la pared, y le tiraban piedras que caían sobre su camastro, allí permanecía tendido aquejado continuamente por un catarro, el cabello largo, las pupilas inflamadas, y en un brazo con un tumor más grande que su cabeza. Ella le procuró ropas, trató de asear el tugurio y soñó con establecerlo en la panadería sin que molestara a la señora. Cuando se le reventó el cáncer, lo curaba todos los días; algunas veces le traía galletas y los instalaba al sol sobre un montón de paja. Y el pobre viejo, babeando y temblando, le agradecía con su voz apenas audible y temeroso de perderla, alargaba los brazos cuando la veía alejarse. Finalmente murió y ella le mando decir una misa por el descanso de su alma.

Ese día, a la hora de la comida, tuvo una grata sorpresa: el sirviente negro de la señora Larsonnière se presentó con el loro dentro de su jaula con la barra, la cadena y el candado. Una nota de la baronesa le anunciaba a la señora Aubain el ascenso de su

marido a una prefectura y que partirían esa misma noche. Le rogaba que aceptara ese regalo como recuerdo y testimonio de su respeto.

Desde hacía tiempo el loro ocupaba la imaginación de Felicidad, ya que venía de América, y esa sola palabra le recordaba a Víctor junto con las informaciones que el sirviente negro le proporcionaba. En alguna ocasión había dicho: “¡La señora estaría feliz de tenerlo!”

El negro le había contado esto a su ama, quien sin poder llevarse al pájaro, se libró de él en esa forma.

IV

El loro se llamaba Lulú. Era de color verde con la punta de las alas rosadas, la frente azul y el cuello dorado.

Tenía la molesta manía de morder la barra, de arrancarse las plumas, de desparramar las inmundicias y salpicar el agua de su bañera. Aburrída por todo esto, la señora Aubain se lo regaló a Felicidad. Esta de inmediato se dio la tarea de instruirlo; pronto estuvo en condiciones de repetir: “Hermoso muchacho”, “su seguro servidor”, “¿cómo está, María?”. Le hizo un lugar junto a la puerta. A muchos le pareció extraño que no le llamaran Jacquot, ya que todos los loros se llaman Jacquot. Le decían “pava”, lo llamaban estúpido, lo cual para Felicidad eran puñaladas. Lulú tenía la extraña obstinación de no hablar si lo miraban.

Sin embargo, buscaba compañía. El domingo, mientras las señoritas Rochefeuille, el señor de Hoppeville y los nuevos contertulios: Onfroy, el boticario, el señor Varin y el capitán Mathieu, jugaban a las cartas, golpeaba los vidrios con sus alas, y se agitaba con tal fuerza que nadie entendía nada de nada.

El rostro de Bourais, sin duda, le parecía muy divertido. En cuanto lo veía comenzaba a reírse, a reírse con todas sus fuerzas. Sus estallidos vocales rebotaban en el patio, y el eco los repetía; los vecinos que se asomaban a la ventana también se reían. Para que el loro no lo viera, el señor Bourais se colaba a lo largo del muro, disimulando su perfil con el sombrero, llegaba al río y entraba por la puerta del jardín. Las miradas que le lanzaba al pájaro no eran precisamente afectuosas.

En una ocasión, Lulú recibió un coscorrón del joven panadero por meter su cabeza en el canasto y desde entonces trató de picotearlo a través de la camisa. Fabu amenazaba con torcerle la cabeza, aunque no era cruel a pesar de llevar sus brazos tatuados y lucir sus fuertes bíceps. Por el contrario le demostraba una cierta simpatía, y por humor quiso enseñarle palabrotas. Felicidad, a quien asustaban estas maneras, lo trasladó a la cocina. Le sacó la cadena y así pudo circular por la casa.

Cuando bajaba la escala, apoyaba el pico en los escalones, levantaba la pata derecha, luego la izquierda. Le preocupaba el hecho de que tal gimnasia le produjera aturdimientos. Pero le vino una enfermedad que le impidió hablar y comer, le salió una placa debajo de la lengua como a las gallinas. Felicidad lo curó sacándole la película con las uñas. El señor Paul, un día tuvo la imprudencia de soplarle en las narices el humo de su cigarrillo; en otra ocasión, molesto con la señora Lormeau que lo exasperaba con la punta de la sombrilla, le arrancó la virola, el anillo que cerraba el quitasol. Finalmente el loro se perdió.

Ella lo había puesto sobre la hierba para que se refrescara y se ausentó unos minutos. Cuando regresó había desaparecido. Primero lo buscó entre los matorrales, luego al borde del agua, en seguida por los techos, sin escuchar a su señora que le gritaba: “ten cuidado, estás loca”. Inspeccionó todos los jardines de Pont-l'Évêque y

detuvo a los transeúntes. “¿No habrá visto, por casualidad, un loro?” A aquellos que no conocían el loro, se los describía. De pronto, creyó distinguir detrás de los molinos, al final de la cuesta, algo verde que revoloteaba. Luego en la parte alta, pero no era él. Un buhonero le aseguró que lo había visto recién en Santa Melania, en la tienda de la señora Simón. Allí se fue corriendo. No supo darse a entender. Finalmente regresó rendida, con los zapatos desvencijados y la muerte en el alma. Mientras estaba sentada cerca de la señora Aubain y le contaba sus trajines, sintió un peso en los hombros. Era Lulú. ¿Qué diablos había hecho? ¿Dónde se había metido? ¿Tal vez se había ido a pasear por los alrededores!

Le costó mucho reponerse, tal vez nunca se repuso.

A consecuencia de un enfriamiento, le vino una angina. Poco tiempo después una enfermedad a los oídos. A los tres años estaba sorda. Hablaba muy fuerte incluso en la iglesia. Aunque sus pecados habrían podido saberse en todos los rincones de la diócesis sin deshonrarla y sin molestar a nadie, el señor cura juzgó más conveniente recibir su confesión en la sacristía.

Comenzó a sentir extraños ruidos que terminaron por minar su cerebro. A menudo su señora le decía: “Dios mío, qué bestia eres”, a lo que respondía: “Sí, señora”, mientras buscaba cualquier cosa.

El pequeño círculo de sus ideas se fue achicando más, y el replicar de las campanas, los mugidos de los vacunos, dejaron de existir para ella. Todos los seres se volvieron fantasmas. Solo lograba percibir un solo sonido, la voz del loro.

Como para distraerla, repetía el tic tac del asador, el agudo pregón del vendedor de pescados, la sierra del carpintero que vivía enfrente; y cuando golpeaban la puerta, imitaba la voz de la señora Aubain: “¡Felicidad!, ¡la puerta, la puerta!”

Sostenían diálogos, él repitiendo hasta la saciedad las tres o cuatro frases de su repertorio, y ella respondiendo con palabras sin mayor sentido, pero que reconfortaban su corazón. Lulú, en su aislamiento, llegó a ser casi como un hijo, un enamorado. Trepaba por sus dedos, le mordisqueaba los labios, se agarraba a su pañolón y cuando ella inclinaba su frente y movía la cabeza como las nodrizas, las grandes alas de su gorros y las alas del pájaro se movían juntas.

Cuando las nubes se amontonaban y retumbaban los truenos, lanzaba gritos, tal vez recordando los aguaceros de su selva natal. El fluir de las aguas excitaba su delirio, volaba atolondradamente, se subía al techo, desordenaba todo y salía por la ventana a chapotear en el jardín. Pero pronto volvía a una de sus argollas y, moviéndose para secar sus plumas, mostraba alternativamente su cola y su pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837, en que, debido al frío, lo había puesto ante la chimenea, lo encontró muerto en medio de la jaula, la cabeza caída y las uñas entre los alambres de acero. ¿Lo habría muerto quizás la congestión? Pensó en un envenenamiento con perejil, y a pesar de la falta de pruebas, sus sospechas recayeron en Fabu.

Lloró de tal manera que su patrona le dijo: “No te aflijas, hazlo embalsamar.”

Le pidió consejo al boticario, que siempre mostró simpatías por el loro.

Escribió a El Havre. Un tal Fellacher se encargaría de hacer el trabajo. Pero como a veces la diligencia perdía los encargos, decidió llevarlo ella misma hasta Honfleur.

Los manzanos sin hojas se sucedían a lo largo de la ruta. El hielo cubría las cunetas. Los perros ladraban alrededor de las fincas, pero ella seguía por el medio del camino, decididamente, con las manos bajo el mantón, calzando sus pequeños suecos negros y su canasto de esparto.

Atravesó el bosque, pasó por Aut-Chene, llegando a Saint-Gatien.

De pronto detrás de ella, entre nubes de polvo y empujado por la bajada, una diligencia a todo galope se precipitaba como una tromba. Al ver a esa mujer que parecía inmovible, el conductor se levantó por encima de la capota, al tiempo que el postillón daba gritos, mientras los cuatro caballos aumentaban su velocidad. Los dos primeros caballos alcanzaron a rozarla y gracias a un galope de riendas se detuvieron en la orilla. Sin embargo, furioso el conductor levantó el látigo y le dio un brutal golpe de alto abajo que la hizo caer de espaldas.

Al darse cuenta de lo sucedido, su primera reacción fue abrir el canasto. Afortunadamente Lulú no parecía haber sufrido ningún daño. Sintió una quemadura en la mejilla derecha, las manos con que se las palpó estaban rojas. Le corría la sangre.

Se sentó sobre un montón de piedras y se cubrió la herida con un pañuelo, luego comió un pedazo de pan que por precaución traía en el canasto, y se consoló de su herida mirando al loro.

Al llegar a la cima de Ecquemauville, divisó las luces de Honfleur que titilaban en la noche como un puñado de estrellas. El mar, a lo lejos, se extendía confusamente. En ese momento le sobrevino una gran tristeza: la miseria de su infancia, la decepción de su primer amor, la desaparición de su sobrino, la muerte de Virginia, todo unido le oprimió la garganta como el oleaje de una marea.

Después quiso hablar con el capitán del barco y sin decir lo que despachaba, le hizo algunas recomendaciones.

Fellacher mantuvo en su poder el loro durante largo tiempo. Siempre prometía mandarlo la semana siguiente. Al cabo de seis meses, anunció el envío de una caja y no dio más señales de vida. Era para creer que el loro jamás volvería a sus manos. “Me lo han robado”, pensó.

Por fin llevo, espléndido derecho sobre una rama de árbol colocada en un zócalo de caoba, una pata encogida, la cabeza hacia un lado, mordiendo una nuez, que el embalsamador había dorado por amor a lo grandioso.

Lo guardó en su cuarto.

Ese lugar donde no admitía casi a nadie, tenía a la vez un aire de capilla y bazar, contenía objetos religiosos y otros de muy diversa índole.

Un gran armario hacía difícil abrir la puerta. Frente a la ventana que daba al jardín, un ojo de buey miraba hacia el patio. Sobre una mesa, junto a la cama de tijera, una palangana para el agua, dos peines y un cubo de jabón azul en un plato trizado. En los muros podían verse rosarios, medallas, imágenes de la Virgen, una pila de agua bendita hecha con una nuez de coco, sobre la cómoda cubierta con un mantel como un altar, la caja de conchas que le había regalado Víctor; una regadera y una pelota, cuadernos de escritura, la geografía ilustrada, un par de botines, y en el clavo del espejo, el pequeño sombrero de peluche colgado de las cintas. Felicidad poseía ese especial respeto por las cosas pasadas, que la hacía conservar una de las levitas del “Señor”. Todos los vejestorios desechados por la señora Aubain se los llevaba a su pieza. Por eso se veían flores artificiales al borde de la cómoda y el retrato de un conde de Artois en el hueco del tragaluz.

Utilizando una tablilla colocó a Lulú sobre la parte principal de la chimenea que sobresalía en el aposento. Cada mañana, en cuanto se despertaba, lo veía con la claridad del alba y se acordaba de los días pasados y de hechos insignificantes en sus menores detalles, sin dolor, llena de tranquilidad.

Sin comunicarse con nadie, vivía en estado de sonámbulo. Las procesiones de *Corpus Christi* la reanimaban. Solicitaba de los vecinos velas y alfombras con el objeto de embellecer el altar que levantaban en la calle.

En la iglesia, contemplaba siempre la paloma del Espíritu Santo, y concluyó que tenía un cierto parecido con el loro. Su semejanza se le hizo aún manifiesta en una imagen de Epinal representando el bautismo de Nuestro Señor. Con sus alas púrpura y su cuerpo de esmeralda, era verdaderamente el retrato de Lulú.

Se decidió a comprar la imagen y la puso en el lugar del conde de Artois, de manera que de un golpe de vista, los veía juntos. En su pensamiento los asociaba; el loro se hallaba santificado por su relación con el Espíritu Santo, que ante sus ojos parecía así más vivo e inteligible. El padre, para anunciarse, no había escogido una paloma, porque esas aves no pueden hablar, sino más bien un ancestro de Lulú. Felicidad rezaba mirando la imagen, pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el loro.

Tuvo deseos de integrarse a las señoritas de la Virgen, pero la señora Aubain la disuadió.

En eso surgió un acontecimiento importante: el matrimonio de Pablo. Después de haber trabajado primero como empleado de notaría, luego en el comercio, en la aduana, en la tesorería, e incluso haber hecho gestiones para entrar en la empresa de aguas y bosques, por una inspiración divina, a los treinta y seis años, había descubierto su camino; el de registrador público. Y demostró tales facultades que un verificador le ofreció a su hija, prometiéndole su protección.

Pablo, se transformado en un hombre formal, la llevó a casa de su madre.

Allí la joven manifestó su desdén por las costumbres de Pont-l'Évêque, actuó como princesa, ofendió a Felicidad. Cuando dejó la casa, la señora Aubain sintió un gran alivio.

La semana siguiente, supieron de la muerte del señor Bourbais, en un albergue en la Baja Bretaña. Se confirmaron los rumores de un suicidio. Se hicieron conjeturas sobre su probidad. La señora Aubain estudió sus cuentas, y no tardó en darse cuenta de su retahíla de fechorías: malversaciones de arriendos, ventas encubiertas de bosques, recibos falsos, etc. Además de un hijo natural y "relaciones con una persona de Dozulé."

Tales canalladas le produjeron una gran decepción. Durante el mes de marzo de 1853, tuvo fuertes dolores en el pecho. En la lengua sentía gusto a humo, las sanguijuelas disminuyeron la opresión y al cabo de nueve días murió, justo a los setenta y dos años.

Por su cabello castaño que le enmarcaba el rostro pálido con marcas de viruela, se pensaba que tenía menos edad. Debido a su arrogancia que la distanciaba de la gente, pocos amigos la sintieron.

Felicidad la lloró como no se acostumbra llorar a las patronas. Le pareció incomprensible que la señora muriera antes que ella, algo contrario al orden de las cosas, inadmisibles y monstruosos.

Diez días después (el tiempo que tomaba desde Besançon) llegaron los herederos. La nuera registró los cajones, escogió muebles, vendió los otros, luego regresaron.

El sillón de la señora, su velador, su brasero y sus ocho sillas desaparecieron. En lugar de los grabados quedaron registradas sus manchas amarillas en medio de los clavos. Se llevaron las dos camitas con sus colchones, y del armario desaparecieron las chucherías que juntaba Virginia. Felicidad, anonadada por la tristeza, subió a su habitación.

Al día siguiente había visto un aviso sobre la puerta; el boticario le gritó al oído que la casa estaba a la venta.

Se tambaleó y tuvo que sentarse.

Lo que la desolaba, fundamentalmente, era el hecho de abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre Lulú. Mirándolo con angustia, imploró al Espíritu Santo le permitiera la costumbre idolátrica de decir sus oraciones hincada delante del loro. A ratos el sol, entrando por el tragaluz, golpeaba el ojo de vidrio y hacia resplandecer un gran rayo luminoso que lo ponía en éxtasis.

Contaba con una renta de trescientos ochenta francos, legada de su patrona. El jardín le proporcionaba verduras y hortalizas. Respecto a la ropa, tenía con qué vestirse hasta el fin de sus días, y ahorraba luz acostándose a la hora del crepúsculo.

Casi no salía, quería evitar la tienda del ropavejero donde se exhibían algunos de los antiguos muebles. Después del golpe de su caída, arrastraba una pierna. Como habían disminuido sus fuerzas, la señora Simón, a quine no le iba nada bien en el almacén de comestibles, venía todos las mañanas a cortarle leña y a bombearle el agua.

Sus ojos se debilitaron. Ya no se abrían las persianas. Así pasaron unos cuantos años. La casa no se arrendaba ni se vendía.

Con el temor de que la echaran, Felicidad no solicitaba ninguna reparación. Las latas del techo se fueron pudriendo y durante todo un invierno se le mojó la almohada. Después de la Pascua escupió sangre.

La señora Simón tuvo que llamar un médico. Felicidad quiso saber lo que tenía. Demasiado sorda para escuchar, una sola palabra se le vino a la mente: “Neumonía”. Ya la conocía y respondió dulcemente:

- Sí, como la señora – encontrando natural seguir la huella de su patrona.

Llegó el momento de hacer los altares de *Corpus Christi*.

El primero se ubicaba siempre al final de la cuesta, el segundo delante del correo, y el tercero hacia la mitad de la calle. Hubo rivalidades respecto al último. Los feligreses eligieron finalmente el patio de la señora Aubain.

Las opresiones y la fiebre de Felicidad iban en aumento. Le penaba el no poder hacer nada por el altar. ¡Al menos si hubiera podido aportar algo! En ese momento pensó en el loro. No es prudente, le objetaron los vecinos. Pero el cura le dio permiso. Se sintió tan feliz que ella le rogó que aceptara a Lulú, su único objeto de valor, cuando muriera.

Desde el martes al sábado, vísperas de *Corpus Christi*, tosió con mayor frecuencia. En las noches, su rostro se hundía, sus labios se pegaban a las encías. Comenzó a vomitar y al día siguiente en la mañana, sintiéndose muy débil, hizo llamar un sacerdote.

Tres buenas mujeres la rodearon durante la extremaunción. Luego dijo que tenía que hablar con Fabu.

Este llegó de mal talante con traje de domingo, a esta atmósfera lúgubre.

- Perdóname – dijo con esfuerzo al estirar el brazo -, creo que fuiste tú quien lo mato.

¿Qué significaban estas habladurías? ¿Haber sospechado de él por su muerte? ¿Un hombre como él? Se indignó y estuvo a punto de armar un escándalo.

“No está en sus cabales, comprenda usted”.

Felicidad de vez en cuando le hablaba a las sombras. Las buenas mujeres se alejaron. La señora Simón se fue a almorzar.

Un poco más tarde, tomó a Lulú y se lo acercó a Felicidad.

- Despidase de él.

Aunque no era un cadáver, los gusanos lo estaban devorando; tenía un ala quebrada, la estopa le salía del vientre. Sin embargo, ya ciega, le besó la frente, y lo acercó a su mejilla. La señora Simón lo volvió a poner en la repisa.

V

Desde las yerbas ascendía el aroma del verano, las moscas zumbaban, el sol hacía brillar el río y calentaba las pizarras. La Simón, de vuelta a su cuarto, dormía apaciblemente.

La despertaron unas campanadas, terminaban las vísperas. Felicidad dejó de delirar. Pensando en la procesión, la veía como si la siguiera... Los niños de las escuelas, los cantores y los bomberos marchaban por las aceras, mientras en medio de la calle avanzaban en primer lugar el suizo con su alabarda, el bedel con una gran cruz, el maestro vigilando a los muchachos, la religiosa inquieta con sus niñas; tres de las más hermosas, con el pelo rizado como ángeles, lanzaban al aire pétalos de rosas; el diácono con los brazos extendidos dirigía la música y dos monaguillos con incensarios se volvían a cada paso hacia el Santísimo, que llevaba el señor cura con su hermosa casulla debajo un dosel de terciopelo amapola intenso, sostenido por cuatro fabriqueros¹.

Multitud de gente iba detrás, entre las colgaduras blancas que cubrían los muros de las casas. Así llegaron al pie de la bajada.

Un sudor frío humedecía las sienes de Felicidad. La señora Simón la secaba con un paño, y se decía que algún día tendría que pasar por lo mismo.

El murmullo del gentío aumentó en un momento, fue muy intenso, luego se alejó.

Una descarga de fusilería sacudió el ventanal. Eran los postillones saludando a la custodia. Felicidad apretó sus pupilas y dijo, lo más alto que pudo:

- ¿Estará bien? – La suerte del loro la angustiaba.

Comenzaba su agonía. Un estertor cada vez más frecuente le apretaba los costados. Pequeños globos de espuma le salían por las comisuras de la boca, y todo el cuerpo le temblaba.

Pronto se escuchó el sonido bajo de los figles², la clara voz de los niños, la voz profunda de los hombres. A intervalos todo se aquietaba, y el golpeteo de los pasos amortiguados por las flores producía un ruido semejante al de un

(1) Hombres dedicados a obras económicas de la iglesia (N. del T.)

(2) Instrumento de viento con llaves o pistones.

un rebaño sobre el césped.

El sacerdote ingresó al patio. La Simón saltó a una silla para observar por el ojo de buey, y tener una buena vista.

Guirnaldas verdes pendían sobre el altar adornado con un volante de punto inglés. En el medio había un pequeño cuadro donde estaban las reliquias, dos naranjos en los vértices y a todo lo largo, candelabros de plata y vasos de porcelana con girasoles, lirios, digitales, peonías y hortensias. Ese cúmulo de colores explosivos descendía oblicuamente, desde el primer piso hasta el tapiz prolongándose por el suelo, y variados objetos insólitos atraían la vista. Un azucarero encarnado tenía una corona de violetas, unos pendientes de piedras de Alençon brillaban sobre el musgo, dos pantallas chinas mostraban un paisaje. Lulú escondido bajo las rosas, no dejaba ver sino su frente azul parecida a una placa de lapislázuli.

Los fabriqueros, los cantores y los niños se ordenaron sobre los tres costados del patio. El sacerdote subió lentamente los peldaños y depositó sobre el encaje su gran sol de oro que brillaba. Todos se hincaron. Se hizo un gran silencio. Los incensarios, impulsados a pleno vuelo, se deslizaban sobre sus cadenillas.

El humo azul subió hasta el cuarto de Felicidad, que abrió las narices y lo aspiró con mística sensualidad, luego cerró los párpados. Sus labios sonrieron. Los latidos de su corazón se hicieron, uno a uno, cada vez más imperceptibles, más dulces como una fuente que se agota, como un eco que se desvanece. Y cuando ella exhaló su último suspiro, creyó ver, en los cielos entreabiertos, un loro gigantesco planeando sobre su cabeza.

El presente libro ha sido digitalizado por: Lucia Vintrob.

2012 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

